

Era una mañana tranquila en el Cañón de Plexiglás. Un par de paseantes estaban siendo tranquilamente atracados, tres bandas locales se estaban tiroteando de forma tranquila y varios coches se veían sustraídos de sus propietarios con tranquilidad. Una mañana habitual en el barrio más alto de Ciudad de los Patos. Lo bueno del cañón de plexiglás era que, al girar en cada esquina, siempre descubrías algún delito en proceso; esto era bueno del mismo modo en que ver caer un rayo es bueno, si lo has visto caer, señal de que no te ha caído encima. Por eso, si doblabas una esquina y no se estaba produciendo ninguna fechoría, probablemente ese iba a ser un mal día para ti.

En uno de los pocos edificios del barrio de menos de noventa plantas, justo al lado de donde los zombis vacilones practicaban el noble y antiguo arte social europeo de Vomita-Sobre-Todo-El-Que-Te-Caiga-Mal, estaba a punto de suceder algo inusual. Bueno, no del todo inusual tal vez, pero sin duda algo tranquilo.

Dentro de ese edificio estaba custodiado el Dispositivo Último y Final del Fin del Mundo. Puede parecer extraño que un edificio cualquiera de un barrio cualquiera de Ciudad de los Patos de cobijo a un objeto tan poderoso (o la menos de nombre tan rimbombante), pero según las estadísticas del centro de "Números y Cosas con Números" de la ciudad, en Cañón de Plexiglás era menos probable entrar en un edificio sin Dispositivo del Fin del Mundo que en uno sin ascensor.

Frente a la puerta de dicho edificio, montaban guardia dos soldados con armaduras naranja fosforito. Eran producto de una época en que pasar desapercibido en el campo de batalla se consideraba incivilizado y, el ejército que más veces gritaba <<¡Voto a bríos! ¡Malandrines de baja estofa! ¡Os mutilaremos a todos con gran cortesía!>>, elegía campo. Eran dos de la temida banda de los Nemesios. Temidos únicamente en la planta de caballeros de Zara, pero temidos.

El origen de la banda de los Nemesios es desconocido por la mayoría; por eso, circulan varias teorías al respecto. Algunos libros de historia, cuentan que la banda la creo el príncipe austroliano Nemesio tercero el excesivamente aseado y de gustos un tanto excéntricos (los austrolianos eran más específicos que el resto de los europeos poniendo epítetos a sus monarcas, por eso en la genealogía de sus reyes tenemos a Lenny II el impotente y algo cegato, Lenny III el que probablemente no era hijo de Lenny II y Ataulfo IV el que no sabía decir "croqueta"). Al parecer, Nemesio, con la idea de difundir su modelo de "armadura para el guerrero mortal pero no por ello carente de estilo", reunió un ejército y se dedicó a atacar a las naciones vecinas. Los soldados enemigos, según la historia, nada más ver al ejército de Nemesio, se echaban al suelo y sufrían violentas convulsiones. Alguno aún conseguía dejar de reírse lo suficiente como para decir <<¡Vamos a morir todos... juas, juas, juas!>>

Los periódicos sensacionalistas, aprovechando el tirón actual de la banda de los Nemesios, habían difundido la historia de que, Nemesio tercero era en realidad un extraterrestre del planeta Nemesia, que había venido a la tierra en una nave del tamaño de la luna y se había casado con una reina amazona. Decían que habían tenido cientos de hijos y que ahora los comandaba a todos montado en un blanco corcel que su amada le había regalado. Los expertos coincidían en que dicha historia era una estupidez, puesto que, como toda persona con dos dedos de frente sabe, los caballos de amazonia son todos pardos.

La realidad era que ambas explicaciones eran erróneas. La banda de los Nemesios la habían formado docenas de hombres llamados Nemesio, con la intención de devolverle la broma al Universo.

Aquellos dos centinelas charlaban con naturalidad de sus asuntos

-¡Qué bien que tengamos el Dispositivo Último y Final del Fin del Mundo aquí! ¿Verdad, Nemesio Martínez?

-¡Qué bien, sí, Nemesio Hernández! Y lo bueno es saber que nunca, nunca, nadie va a poder entrar nunca en nuestra base que tenemos a la espalda, nunca.

Entonces, un curioso personaje apareció frente a ellos, al fondo del callejón que daba a su puesto de guardia. Era un tipo raro, primero porque tenía una corta melena de un blanco cegador, y segundo, y quizás más importante, porque llevaba colgado un tablero de ajedrez al cuello. El sujeto en cuestión apretaba los labios y se acercaba a los guardias de puntillas, a plena luz del día. Los guardias, que observaban cada uno de sus movimientos, no sabían como reaccionar.

Finalmente el extraño alcanzó la puerta e intentó abrirla sin éxito. Ahora estaba situado entre los dos vigilantes, a una distancia a la que podrían haber oído sus pensamientos, de haber habido algo que oír.

-¿Qué... qué demonios crees que estás haciendo payaso? -Nemesio Martínez lo miraba fijamente, aunque estaba tan cerca que bizqueaba un poco. El hombre-ajedrez no respondía, sabía que no podía estar hablando con él, porque, según el plan que su jefa había trazado la noche anterior, <<Si entramos silenciosamente, ni siquiera sabrán que estamos allí.>>- Se acabó, -Nemesio dio un paso atrás, cargó el rifle y le apuntó a la cabeza. El intruso se preguntaba porque iba aquel tipo a disparar a su colega en el estómago.- estás mu...

Nemesio Martínez no acabó aquella frase porque se había convertido en un montículo de carbonilla. A Nemesio Hernández le cayó un rayo encima, que, obviamente, no pudo ver, y se unió a su compañero en el suelo.

El rayo era en realidad una despampanante mujer enfundada en unas mallas rojas tan ajustadas que se le marcaba el hígado.

-¡Muy bien, Puntopé! Apúntate un tanto. -dijo el embutido.

El hombre-ajedrez sacó una libreta e hizo una marca. Le llamaban Puntopé y poseía una característica llamada "Lógica de un sólo sentido". En términos llanos, su mente era como una enorme carretera, él estaba al volante de un trailer y se aseguraba de atropellar a cualquier idea que no fuese en su misma dirección.

-Bien, no han tenido tiempo de dar la alarma. -una hermosa mujer de pelo blanco (al parecer estaba de moda en Ciudad de los Patos) surgió entre ellos con un estallido de luz. Sus ojos llamaban la atención, eran como puertas a otro universo, si te acercabas lo suficiente podías ver galaxias enteras a través de aquellos ojos, y si te acercabas un poco más podías ver tus dientes en el suelo después de que te sacudiera. Su nombre era Findelmundo e Iba vestida con... es decir, llevaba encima tela suficiente

para hacerle un pijama a un gato y lucía una corta capa transparente.- Adelante, -echó la mano al pomo de la puerta y éste se congeló, después estalló en pedazos y la puerta se abrió con un quejido- pasad sin hacer ruido..... Basta con que no hagas DEMASIADO ruido, Puntopé. -desvió la mirada a un tejado cercano y añadió- Deja de esconderte, Rikki, ven a mi.

Al instante siguiente un ninja aterrizó junto a ella, en el sentido menos ergonómico de la palabra "aterrizar". Era un ninja Pecos, y era el peor en lo que hacía. En la clasificación mundial de ninjas estaba situado entre Boris Yeltsin y Bud Spencer. Se llamaba Rikkipollo y había sido encontrado por los ninja Pecos a la orilla de un río, envuelto en un canastillo. Muchas veces los ninja que se convirtieron en su familia censuraron a los padres de Rikki por haberle dejado a la deriva en un canasto vacío, cuando se hubiera hundido mucho más fácilmente llenándolo de piedras.

El caso es que Rikki creció y fue adiestrado en todas las artes ninja. El joven realizó hazañas que nadie más conseguiría imitar después, como acertarse a sí mismo en el trasero con una estrella ninja, preparar un potentísimo veneno usando únicamente patatas y perejil o incendiar la aldea practicando la pesca sin caña. Finalmente Rikkipollo obtuvo una mención honorífica en la nueva aunque no por ello menos venerable disciplina ninja de ponerle petardos en el culo a las tortugas. Mención que le permitía, no, más bien le obligaba a practicar su ninjutsu en tierras extranjeras, cuanto más extranjeras mejor. El poblado le ofreció una sentidísima despedida en la que todo el mundo trataba de ocultar su inevitable tristeza por la marcha de Rikki a base de reírse, bailar y cantar con evidentes signos de embriaguez.

Cuando Rikki y la semidesnuda semidiosa entraron en la base nemesia, diecisiete soldados alfombraban el vestíbulo. La mujer embutido soplabá uno de sus guantes cuya punta estaba ardiendo. La llamaban TF, ella decía que eran las iniciales de Trueno Feroz, aunque en realidad se llamaba Teresita Fresón, pero la gente que lo averiguaba solía padecer repentinos casos de horizontalidad prolongada. Era una asesina mutante experta. Decían que podía matarte con una cucharilla de sesenta y siete formas distintas antes de que hubieras muerto la primera. A veces, cuando te acercabas mucho, te mataba sin querer, pero no podías culparle, porque lo hacía sin malicia, y además porque estabas muerto.

Puntopé les esperaba al fondo de un pasillo, junto a los ascensores. Había trasteado los controles y había conseguido abrirlos.

-¡Excelente, Puntopé! Qué los dioses te lo paguen... -dijo Findelmundo, y añadió- ...no en esta vida. -Puntopé guardó la cartera, decepcionado.

El ascensor les llevó a la segunda planta, donde se suponía que encontrarían el Dispositivo Último y Final del Fin del Mundo. Allí, estratégicamente colocados, una docena de los soldados nemesios más competentes, vigilaban los ascensores desde el otro lado del pasillo. Por suerte, la semidiosa semidesnuda había tomado precauciones y cubría a su equipo con una densa niebla inglesa.

-¡Hay que ver, Nemesio Rodríguez, que loco está el tiempo!

-Sí que es cierto, Nemesio Ramírez. No me extrañaría que en cualquier momento comenzase a llover. No entiendo porque, el jefe de brigada, no nos ha proveído de utensilios cobijadores contra las precipitaciones.

-Quizá por que estemos dentro de un edificio. -dijo un tercero. Los otros dos lo miraron como a una rana que acabara de enunciar el teorema de Arquímedes, es decir, con desprecio.

Findelmundo analizó la situación e inmediatamente forjó un sencillo pero efectivo plan.

Dio unas rápidas instrucciones a Puntopé.

Después repitió las instrucciones, con más calma y más palabras.

Finalmente dibujo un croquis de lo que quería que hiciera, con notas al margen y un breve apoyo audiovisual con marionetas.

Puntopé invirtió los siguientes veinte minutos en sembrar de minas el espacio entre ellos y los soldados nemesios. En los bolsillos del hombre-ajedrez, había infinidad de trastos mecánicos, y lo más impresionante, era que él sabía usarlos todos a la perfección. Al fin y al cabo, los aparatos tenían una forma de pensar similar a la suya. Si todo el mundo pensase como Puntopé y su bolígrafo, el mundo sería un lugar mucho más sencillo, pero en algún momento de la evolución, las personas habían desarrollado el pensamiento conceptual, las ideas abstractas y otro montón de chorradas.

Cuando terminó de colocar los aparatos, Puntopé procedió con la segunda parte del plan, disparar con uno de sus proyectores de energía a uno de los guardias para atraerlos a la trampa.

Un soldado cayó, el resto profirió diversas variaciones de <<¡Repámpanos!>> y corrió a la carga... Hasta que vieron a Puntopé entre la niebla saludándoles alegremente.

-¡Dobla la esquina, Puntopé! -grito Findelmundo desde su escondrijo.

El oído de Puntopé le dijo al cerebro de Puntopé lo que acababa de escuchar, pero el cerebro de Puntopé no tenía ni idea de como se podía doblar una esquina, así que le dijo al oído de Puntopé que se fuera a tomar por culo.

Entretanto Puntopé no se enteró de nada.

La semidiosa semidesnuda comprendió que necesitaría por lo menos un cortometraje para hacerle entender la situación al minero, así que hizo unas señas a Rikki para que lo salvara. Uno podría pensar que bajo la presión, la mujer se había vuelto loca, pero, de algún modo, Rikkipollo sabía hacer algo bien, o mal, según se mire. El estaba convencido de poseer unos reflejos sobrehumanos que le permitían esquivar todo tipo de golpes y proyectiles. El asunto funcionaba más bien al revés: Por algún motivo, cuando un enemigo se encontraba con la visión de un ninja en su punto

de mira, desviaba el tiro a uno u otro lado tratando de anticipar sus movimientos. Por su parte, Rikki era completamente incapaz de prever el disparo o de intentar esquivarlo hacia uno u otro lado. Con lo que al final obtenías un montón de gente disparando alrededor de un ninja quieto.

Los nemesios no se paraban a contar la munición, disparaban con todo lo que tenían, aderezando el tiroteo con frases como <<¡Me temo que vamos a tener que arrancarle la cara y forrar con ella un utensilio deportivo, milord!>>, <<Si no os causa excesiva molestia, procederemos a patear los hígados de sus señorías hasta que asome por las gargantas de sus señorías.>> y <<Con todos los respetos, caballeros, utilizaremos sus testas como ceniceros cuando se las arranquemos de sus fríos cadáveres, si lo encuentran conveniente.>>

Así que, allí estaban los dos, frente a un pelotón de fusilamiento Nemesio que se negaba a comprender la idea de un ninja inmóvil. Entretanto, TF trataba de pasar el rato en una esquina, matando algunas baldosas. Hasta que, aburrida, gritó:

-¡Puntopé! ¿Has puesto esas minas para que les revienten en la cara o sólo para marcar el centro del campo?

-Las he puesto para que les revienten en la cara. -Intentar hacer entender el concepto de "ironía" a Puntopé era como tratar de explicar a una boa el concepto de "guitarra".

La joven mutante dedicó una suplicante mirada a Findelmundo, quien finalmente se dio por vencida, hizo un gesto con la cabeza a TF y después procedió a contar los cadáveres. No le gustaba actuar así, puede que no fuese una buena reclutadora, pero le gustaba considerarse una buena estratega; y usar a TF de aquella manera era como jugar al ajedrez con una excavadora.

Al menos ya estaban cerca de su objetivo. Quedaban pocos obstáculos que salvar, empezando por un pequeño campo de minas.